

Un día vi desde mi balcón unos obreros que abrían unas zanjas en un continuo ir y venir, con actividad de hormiguitas, con laboriosidad de abejas y como las abejas las paredes de la colmena, ellos levantaron una frágil paredilla en la que dejaron una diminuta puerta.

Entre los empolvados obreros, de albas blusas, habla uno que se hacía simpático a primera vista; era alto, esbelto, de modales sueltos, ágil y fuerte, siempre tenía una sonrisa en los labios y a pesar de su traje humilde, tenían en sus movimientos cierta distinción natural.

Vestía una larga y blanca blusa y calzón de pana, calzaba unas alpargatas y cubría su cabeza una gorrilla, que caída sobre la oreja, ponía en su cara curtida y brillantes ojos negros una picara expresión.

Siempre su buen humor tenía una broma para el aprendiz y una copla de amores, que él dejaba junta con un beso, para que el viento la llevara donde ella estaba y digo esto, porque solía traer algunos días una flor prendida detrás de la oreja. Quizá fuese ella una doncellita que desde el corredor y mientras limpiaba la ropa, dejaba otra copla de amores para que el viento se la llevase a él.

Un día—Ya habían empezado a tejer la tela sutil del andamiaje, por donde subían y bajaban ágiles en su tragar—sentados en unos maderos, habían terminado de tomar el frugal almuerzo y mien-

El simpático albañil



tras fumaban los viejos un cigarri-
llo y él entretenía el tiempo desho-
jando la flor que trajera por la
mañana cayó a sus pies la pelota
de un nene que jugaba allí cerca.

Vino el pequeño por el juguete
y las manos callosas del peón tu-
vieron una caricia para el peque-
ño y al sonar la campana volvió a su
ruda tarea en la que siente en su
piel los alfilerazos del helado in-
vierno y calcinante fuego de un
sol abrasador, desafiando su cabeza serena el vértigo de la altura y despreciando el riesgo trepa ágil y decidido por las grandes mallas del andamiaje.

El edificio gigantesco está casi terminado y en la parte más alta una bandera es un aírón de triunfo.

Un poco paradójico resulta el que por la puerta diminuta de la frágil paredilla, entrase la mole del soberbio edificio y más aún el que la débil palanca del brazo humano modelara el coloso de ladrillo.

Ahora el albañil simpático ya no almuerza solo ni tiene flores detrás de la oreja; pero tiene una mocita que con su airoso traje de percal, llega a la hora del almuerzo y le alegra con su belleza.

Al verlos juntos, no sé por qué, me parece que el obrerillo de la blusa blanca y la cara curtida, se acuerda del pequeño al que un día pusieron sus manos callosas una caricia en la mejilla de raso.

E. G.

CENTAURO

que da el valor y la importancia que tienen, a los asuntos, y problemas de Albacete, teniendo en cuenta el interés capitalísimo y la importancia suma de la Feria publicará un «NÚMERO EXTRAORDINARIO» en el que colaborarán las mejores firmas en todos los órdenes artísticos.

Como ejemplo anticipamos los nombres de algunos de los insignes artistas y literatos que, con su indiscutible prestigio, valorarán las páginas del extraordinario de CENTAURO.

Artistas que han mandado ya trabajos:

PORTADA.—Un cuadro de JULIO ROMERO DE TORRES.

ILUSTRACIONES.—De BUJADOS, GROSSO, ESTEVE, CARRILERO, MATEU, OCHOA, PINAZO y UNDAVEYTIA.

CARICATURAS.—De SILENO, TITO, BAGARÍA, MATEOS, SÉRBULO y TONO.

LITERATOS.—De MANUEL BUENO, AZORIN, PEDRO MATA, ROGELIO BUENDIA, MUÑOZ SAN ROMAN, E. CARRERE, F. TOLSADA, A. PRECIOSO, S. y J. ALVAREZ QUINTERO, TOMAS LUCEÑO y RODOLFO VIÑAS.

Más fuertes que la vida

El mismo oleaje impetuoso que lo había separado en su juventud, los reunió aquella noche junto a una opipara cena, sugeridora de evocaciones juveniles.

Experimentaban gran complacencia de aquella reunión fortuita, determinada por los vaivenes de la existencia, que aunque de apariencia inconsciente, parecen llevar oculto el propósito de producirnos satisfacción.

Fontenelo, el literato bohemio de larga pelambre, sintiendo más imperiosa la necesidad de comunicar a sus amigos los tiernos recuerdos que resucitaban en su espíritu, fué el primero que habló, tras lanzar al aire una bocanada de humo, que los rodeó como si quisiera hacer más íntimo el carácter de la confidencia.

—Como sabéis, apenas contaba veintidós años, cuando nos separamos y entonces hice el propósito firme de caminar por las rutas que me marcaban mis aficiones literarias. Abandoné el rincón provinciano y en Madrid comencé en mí la eterna peregrinación bohemio del escritor principiante. He conocido la crueldad implacable de los días sin comida y de las noches sin albergue, en que envuelto en periódicos por todo abrigo, pasaba en un banco las interminables noches de invierno. Y cosa rara, aun cuando el viento sopaba con más furia, y las heladas extremaban su intensidad, no tenía frío, no advertía frialdad en mis miembros, como si la llama gigantesca de mi espíritu, calentase mi cuerpo con tibieza dulce de regazo de novia.

—Poco a poco la fortaleza de mis decisiones, se fué abriendo paso penosamente; pero la lentitud lejos de hacer decrecer mi convencimiento, hacía rocosa y fuerte mi vocación literaria.

—Ganaba por entonces unos cuarenta duros y me casé por amor. Todos los apostolados, todas las vocaciones para realizarse con éxito, necesitan de la colaboración de la mujer», pensaba yo por entonces. La experiencia no tardó en arrebatarle esa creencia. Mi compañera adoptó para conmigo una frialdad extraña, un desvío absurdo, que crecía incesantemente conforme descendían mis ingresos de escritor. Hasta que un día, cuando escribía la obra que me dió la gloria, me participó sus ideas con brusca franqueza:

—Mira—me dijo—es preciso que te convenzas de que tu no sirves para eso, y la prueba la tienes en que a través de toda tu vida consagrada a la lucha, no ganas lo necesario para atender nuestras necesidades. Fíjate bien y dame la razón. Como sabes, el vecino de abajo traspasa la tienda—de avena y harina—y todo por unos centenares de pesetas que haciendo un sacrificio reunimos al instante....

—La interrumpí indignado. Comprendí la necesidad de ser más fuerte que la Vida, más que todas las adversidades, sacando de ellas nuevos bríos. Como es natural, triunfé, y siempre sonrío amargamente cuando mi mujer me dice:

—¿Que ibas a triunfar tu, ya lo sabía yo. Lo contrario no sería lógico. Estaba muy segura de que tu servías para eso.

Hubo una pausa. Cada uno revivía en su conciencia recuerdos muertos, emociones casi insensibles, ocultas, pero con un resto de vida allí en los últimos pliegues del espíritu.

Habló a continuación Rufino de Montelobo.

—Cuando me separé de vosotros, a consecuencia del sólido arraigo que lograron en mí las ideas revolucionarias, fué para continuar mi odisea de apóstol rojío. No sabía determinar en concreto las causas que originaron en mí la conversión al anarquismo. Algunos episodios de mi niñez se asocian íntimamente a mi conversión, pero en general influyeron poco en ello. Tenía yo por entonces relaciones con la hija de un amigo de mi padre, el viejo duque de Montelobo, y y llegaron a ser tan recias las campañas que realizaba, que una noche en la reja me planteó un trágico dilema. Había de elegir inmediatamente entre su amor y mi conciencia, entre ella y la Anarquía. Fué un momento terrible. No vacilé, tenía la idea de que los grandes ideales hacen lógicos los sacrificios más absurdos, y sublines los holocaustos más inútiles. Y sin volver una sola vez la cabeza, me alejé de la reja....

—El resto de mi historia es muy sencillo y despojado en absoluto de todo carácter heroico y de todo episodio que esté fuera de lo cotidiano. Desterrado en Francia, gracias a mis profundos conocimientos de aquel idioma pude ganarme la vida traduciendo.

Hubo otra pausa.

—¿Y tú?

A Larcanti, el gran burgués de panza insolente, le cogió de sorpresa la pregunta. Se asustó. En su rostro comenzó a reflejarse un azaro y una inquietud extraordinaria. Como no tenía nada que contar pensaba que nada le preguntarían.

—¿Yo?, pues continúo con mis negocios y.... Y además, se había casado con una mujer muy gorda que comía una enormidad.

La conversación de aquella noche había influido hondamente en el espíritu de Larcanti. Sentía que se abrían ante su conciencia nuevas perspectivas, horizontes desconocidos, que tenían para él el singular encanto de la virginidad. Su sensibilidad se había refinado al choque con aquellos dos hombres más fuertes que la vida.

Sentía la necesidad de ver movida la nave de la suya por el timón poderoso de un alto ideal, y llenar los grandes huecos que existían en su alma, moldes vacíos hechos para el engendro de grandes propósitos, con las inquietudes y emociones del literato o del rebelde.

Al llegar a este punto de sus reflexiones, se oyeron recios ruidos como si por toda la casa andaran manadas de paquidermos y entró en la habitación su esposa.

—¡Oye! ¿Sabes lo que te digo? Que el frío comienza a sentirse y sería conveniente que calentásemos la cama. ¿No te parece?

Pero el no le contestó: Sentía en su interior el contacto sabroso de un llanto dulce. Lloraba por los ideales que no tuvo, por los pensamientos que no nacieron en él, por los sueños sublimes que nunca habían de retozar en su conciencia....

GABRIEL DE COCA

Albacete—19—924.



CAMISERIA VIDAL
MARQUES DE MOLINS, 8